

DE LO EXTRAORDINARIO EN LA CONQUISTA DE AMÉRICA*

Edison Arias Arcos

"Un filósofo es un hombre que vive, ve, oye sospecha, espera y sueña constantemente cosas extraordinarias". Nietzsche: Más allá del Bien y del Mal. Nº 292.

"Filosofar es el extraordinario preguntar por lo extraordinario". M. Heidegger: Introducción a la Metafísica.

Desde la llegada de los españoles a estas tierras del Nuevo Mundo se comienzan a producir una serie de hechos extraordinarios que manifiestan la intervención de lo trascendente en los afanes de la conquista de lo aquende.

Por cierto que la dominación hispana no está solamente motivada por los anhelos puramente materiales de la obtención de riqueza y del consiguiente poderío terrenales sino que va acompañada y, a las veces, enérgicamente sostenida por una honda fe religiosa en plena expansión. Es, tal vez, la razón por la que el filósofo

* Este artículo forma parte, a la manera de Apéndice I, de una investigación en curso sobre las características generales de la Filosofía Hispanoamericana que es patrocinada por la Dirección de Investigación de la Universidad de Concepción.

W. Ross ha podido referirse a la conquista de América por los españoles como representando "la más grande aventura metafísica"¹.

Una de las primeras expresiones de lo sagrado en el curso de la Conquista que relatan los Cronistas hispanos es la registrada tanto por Francisco López de Gómara como por Bernal Díaz del Castillo en la importante y decisiva batalla de Cintla ocurrida alrededor del 13 de marzo de 1519 y que es "la primera guerra que tuvimos en compañía de Cortés en la Nueva España" según apunta Díaz del Castillo².

En todo caso es a López de Gómara a quien se debe el relato del hecho como testigo presencial, limitándose Díaz del Castillo a tomarlo de éste aduciendo que él "como indigno no fuera merecedor de ver a cualquiera de aquellos gloriosos Apóstoles"³ puesto que para algunos el caballero aparecido era Santiago y para Hernán Cortés San Pedro, del cual era fervoroso devoto por haberle sido encomendada su salvación en su enfermiza infancia.

En su relato López de Gómara señala que estando los españoles "rodeados de los indios (que) eran en número infinito" se encuentran en una situación asaz peligrosa "porque no tenían espacio para tirar su artillería ni gente de caballo que les apartase a los enemigos". Es en ese mo-

¹ Ross, Waldo. Ensayos sobre la Geografía Interior. Sánchez Larra, G. Madrid, 1971, pág. 10.

² Díaz del Castillo, Bernal. Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España. Editorial Azteca S.A., México, 1955, Tomo I, págs. 136/7.

³ Díaz del Castillo, Bernal Op. cit., Tomo I.

mento que aparece un jinete que confunden primero con Francisco Morla y luego con Cortés "entonces los españoles... teniendo algo más de espacio arremetieron a los enemigos y mataron algunos de ellos. Con esto el de a caballo no apareció más, y con su ausencia volvieron los indios sobre los españoles, y los pusieron en el trance que antes. Volvió luego el de a caballo, se puso junto a los nuestros, corrió a los enemigos, y les hizo dejar espacio. Entonces ellos, con la ayuda del hombre a caballo, van con ímpetu a los indios y matan y hieren a muchos de ellos; pero en lo mejor del tiempo los dejó el caballero, y no lo pudieron ver. Como los indios no vieron tampoco al de a caballo, de cuyo miedo y espanto huían, pensando que era un centauro, vuelven de nuevo sobre los cristianos con gentil denuedo, y los tratan peor que antes. Volvió entonces el de a caballo por tercera vez, e hizo huir a los indios con daño y miedo, y los peones arremetieron también, hiriendo y matando. A esta sazón llegó Cortés con los otros compañeros de a caballo, harto de rodear y pasar arroyos y montes, pues no había otra cosa por allí. Le dijeron lo que habían visto hacer a uno de a caballo, y preguntaron si era de su compañía; y como dijo que no porque ninguno de ellos había podido venir antes, creyeron que era el apóstol Santiago, patrón de España. Entonces dijo Cortés: "Adelante compañeros, que Dios es con nosotros y el glorioso San Pedro". Y diciendo esto, arremetió a más correr con los de a caballo por medio de los enemigos..."⁴

Díaz del Castillo consigna otra aparición del após-

⁴ López de Gómara, Francisco. *Historia General de las Indias*. Segunda Parte. Editorial Iberia. Barcelona, 1966, págs. 44 y 45.

tol Santiago, esta vez en la batalla de Otumba, el 14 de julio de 1520, y, además, aunque sólo de oídas, la presencia de la Virgen María que puede considerarse como una de sus primeras manifestaciones en este el Nuevo Mundo por conquistar. Lo refiere, con su peculiar modo de narrar, en el siguiente episodio:

"... Y preguntó Montezuma a sus capitanes que siendo ellos muchos millares de guerreros, que como no vencieron a tan pocos **teules**. Y respondieron que no aprovechaban nada sus varas y flechas ni buen pelear, que no los pudieron hacer retraer, porque una gran **tequēcihuata** de Castilla venía delante de ellos, y que aquella señora ponía a los mexicanos temor y decía palabras a sus **teules** que les esforzaban. Y el Montezuma entonces creyó que aquella gran señora era Santa María, y la que le habíamos dicho que era nuestra abogada, que de antes dimos a Montezuma con su precioso hijo en brazos. Y porque esto yo no lo vi, porque estaba en México, sino lo que dijeron ciertos conquistadores que se hallaron en ellos, y plugiese a Dios que así fuese, y ciertamente todos los soldados que pasamos con Cortés tenemos muy creído, así es verdad, y que la misericordia divina y Nuestra Señora Virgen María siempre era con nosotros, por lo cual le doy muchas gracias"^{4b}.

Posteriormente, avanzada ya la conquista de México, se produce una segunda manifestación de la Virgen el día 9 de diciembre de 1531. Según la tradición ese día se le apareció la virgen al indio Juan Diego quien dio aviso de lo ocurrido a Fray Juan de Zumárraga ya que la Señora

^{4b} Díaz del Castillo, Bernal. Op. cit. pág. 345 y 346 del Tomo I.

le habría pedido que se contruyera un templo en su honor. El fraile español, sin embargo, no le creyó y exigió una prueba contundente a modo de milagro. Fue entonces que Juan Diego le trajo las rosas - flores que nunca se habían dado en ese lugar - envueltas en su tilma, que al extenderla muestra grabada la imagen de Nuestra Señora. Es precisamente ese manto el que adorna el altar principal de la basílica de Guadalupe en la ciudad de México. El manto ha sido sometido en la actualidad a una serie de estudios técnicos, como los efectuados por el eminente oftalmólogo Dr. Graue y los del ingeniero A. Tosman quien ha utilizado el proceso de digitalización de imágenes, habiendo llegado ambos a la asombrosa comprobación de que los ojos en la imagen de la Virgen efectivamente ven y lo que ven es un cuadro configurado por una serie de detalles que se observan tales como: un indio desplegando su tilma ante un franciscano, al propio fraile en cuyo rostro se desliza una lágrima, un paisano joven en ademán de consternación, otro indio con el torso desnudo y actitud orante, además: una mujer de pelo crespo, otros dos personajes y varios niños, es decir el mismo episodio narrado en nahuatl por un escritor indígena anónimo en la primera mitad del siglo XVI, el cual fue posteriormente editado en una versión bilingüe por Lasso de la Vega en 1649⁵.

También se presentan hechos análogos en el proceso de la conquista del imperio incásico, como aquel relatado por Pedro Cieza de León durante el sitio que las tro-

⁵ Al respecto el diario El Mercurio de Santiago dedicó dos excelentes artículos en su edición del 11 de diciembre de 1988, pág. 13 del cuerpo E, con las firmas de M. Arenas y C.R.V.

pas del Inca tendieron a los españoles en el Cuzco. El suceso es consignado por Cieza de León en los términos siguientes:

"Cuando en el Cuzco se levantaron los indios contra los cristianos no había más de ciento ochenta españoles de a pie y de a caballo. Pues estando contra ellos Mango Inga, con más de doscientos mil indios de guerra, y durando un año entero, milagro es grande el escapar de las manos de los indios; pues algunos de ellos mismos afirman que veían algunas veces, cuando andaban peleando con los españoles, que junto a ellos andaba una figura celestial que en ellos hacía gran daño, y vieron los cristianos que los indios pusieron fuego a la ciudad, el cual ardió por muchas partes, y emprendiendo en la iglesia, que era lo que deseaban los indios ver deshecho, tres veces la encendieron y otras tantas se apagó de suyo, a dicho de muchos que en el mismo Cuzco dello me informaron..."⁶.

La Crónica de Cieza de León abunda en tales acontecimientos que se ordenan en el sentido de una intervención de lo trascendente en el proceso de la conquista material y espiritual de gran parte de la América indígena. Como aquel en se refiere el extraño espectáculo que se pudo apreciar en el cielo nocturno en los días de prisión de Atahualpa de "una señal verde, tan gruesa como un brazo y tan larga como una lanza jineta" que admiró a los

⁶ De Cieza de León, Pedro. La Crónica del Perú. Ediciones de la Revista Ximénez de Quesada. Instituto Colombiano de Cultura Hispánica. Colombia, 1971; Cap. CXIX, pág. 400. El inca Garcilaso de la Vega alude al mismo hecho en sus Comentarios Reales.

hispanos entristeciendo a Atahualpa, quien le habría confesado a Pizarro: "He mirado la señal del cielo, y dígame que cuando mi padre, Guaynacapa, murió, se vio otra señal semejante a aquella". O aquel otro que narra la conversación de un cacique en Lampaz a quien se le habría aparecido un día miércoles del mes de mayo de 1547 un hombre blanco y muy hermoso" y que sus ropas asimismo eran resplandecientes" exhortándole" a se volver cristiano"⁷.

A comienzos de 1541, en Chile, apenas llegada la expedición de Pedro de Valdivia al extenso, fértil y hermoso valle del Mapocho y queriendo el General fundar allí una ciudad, fue atacado por los aborígenes comandados por Michimalonco.

El relato de los Cronistas Pedro Mariño de Lovera y Gerónimo de Bibar es más o menos coincidente. Ambos atestiguan el hecho de ser atacados por millares de indios y que los soldados españoles, después de haber orado e invocado "el auxilio del glorioso apóstol Santiago, protector de las Españas y españoles en cualquier lugar donde se ofrece lance de pelea", entran en combate con gran ardor pero van siendo sobrepasados por los sucesivos escuadrones de refresco de los aborígenes, quienes ya habían empezado a cantar victoria "con estrépito y alaridos" cuando, según el decir de Mariño de Lovera "todos los bárbaros a una vuelven furiosamente las espaldas y dan a correr como gamos por el campo raso... dejando a los cristianos suspensos..."⁸.

⁷ Ambos episodios son registrados en los Cap. LXV y CXIX respectivamente de la obra precitada.

⁸ Mariño de Lovera, Pedro, *Crónica del Reino de Chile*. Colección de Historiadores de Chile y Documentos relativos a la Historia

Una vez repuesto del cansancio de la refriega Pedro de Valdivia mandó traer ante sí a algunos de los prisioneros que se habían hecho entre los indios y "los examinó haciendo escrutinio de las causas porque habían tan repentinamente desamparado el campo", respondiéndole que estando en la certidumbre de la victoria 'vieron venir por el aire un cristiano en un caballo blanco con la espada en la mano desenvainada, amenazando al bando indico, y haciendo tan grande estrago en él, tanto que se quedaron todos pasmados y despavoridos; dejando caer las armas de las manos no fueron señores de sí, ni tuvieron sentido para otra cosa más de dar a huir desatinados sin ver por donde, por haber visto cosa llamada en su lengua **pesimando**, que quiere decir cosa nunca vista"⁹.

Sin embargo, Pedro de Valdivia desconfiando aún de su testimonio, les vuelve a consultar respecto de "Cuál de aquellos españoles que allí estaban era el que habían visto en el aire". Los aborígenes "clavaron los ojos en todos los presentes y mirándolos con grande atención y en particular a los más lucidos y señalados" declararon que no eran ninguno de ellos y aseguraron "que era hombre muy superior a todos ellos y que había hecho más que todos ellos juntos"¹⁰.

Por todo lo cual reconocieron los españoles "ser el glorioso Santiago el que había socorrido a las huestes hispanas". Y esta habría sido la razón por la que los españoles se determinaron en dar el nombre de Santiago a la na-

Nacional, Santiago. Imprenta del ferrocarril, 1865, Tomo VI, Libro I, Parte Segunda, Cap. X, pág. 47.

⁹ Mariño de Lovera, Pedro. Op. cit., pág. 47.

¹⁰ Mariño de Lovera, Pedro. Op. cit., pág. 48.

cienta villa de las márgenes del Mapocho.

La relación de Gerónimo de Bibar es más escueta y narra el mismo episodio así:

"Prendiéronse muchos (indios) y, preguntándoles que por qué huían tan temerosos respondían porque un Viracocha viejo en un caballo blanco, vestido de plata con una espada en la mano, los atemorizaba y que, por miedo a este cristiano, huyeron. Entendido los españoles tan gran milagro, dieron muchas gracias a Nuestro Señor y al Bienaventurado Apóstol Señor Santiago, Patrón y Luz de España. En esta batalla murieron ochocientos indios, y los indios mataron dos españoles y catorce caballos"¹¹.

Posteriormente, en otra batalla ocurrida alrededor del 11 de septiembre del mismo año de 1541, vuelve a producirse un hecho semejante, con la variante de que previamente Michimalongo, escarmentado por la derrota anterior y procediendo con cautela, introduce varios espías en la ciudad a fin de "que mirasen atentamente si estaba en aquella aquel caballero del cabello blanco, que los venció en la batalla pasada"¹².

En uno de los descansos de la dura brega que ya iba durando un día y una noche, Michimalonco volvió a enviar espías con el propósito de contar a los españoles y saber si había algunos menos de los treinta y dos de a ca-

¹¹ Crónica y Relación Copiosa y Verdadera de los Reynos de Chile, hecha por Gerónimo de Bibar, natural de Burgos-MDLVIII. Tomo II, transcripción paleográfica del Prof. Irving A. Leonard según manuscrito original propiedad de Newberry Library, Chicago, III, U.S.A., Cap. XXXVIII, pág. 56.

¹² Mariño de Lovera, Pedro. Op. pág. 59.

ballo, que era el número de la caballería española. No obstante y a pesar de contarlos varias veces siempre dieron con el mismo sorprendente resultado: "ser treinta y tres los de a caballo". Al ir con esta relación al General Michimalonco, éste hizo burla de ellos "diciendo que debían estar embriagados y que él no pretendía saber si los de a caballo eran más de treinta y dos, sino si eran menos; pues no haber más era cosa muy cierta y a que todos constaba sin duda alguna. "Lo cual también había sido advertido por Francisco de Villagra "por lo cual -prosigue el texto se tuvo por cosa cierta, como lo fue, aquel caballero que allí estaba demás de los treinta y dos conocidos era el glorioso Apóstol Santiago enviado por la divina Providencia para dar socorro al pueblo de su advocación, invocaban su Santo Nombre"¹³.

En el intertanto y antes de recomenzar la batalla los españoles se reúnen en torno de su teniente general Alonso de Monroy quien hizo "una larga y tierna plática a la poca gente que tenía, animándolos a morir o vencer: y ante toda cosa -prosigue el cronista- a prevenirse con la oración fervorosa y devota, dando él principio a ella ayudado de dos sacerdotes que animaban mucho a todo el pueblo con la firme confianza en el favor de Nuestra Señora a la cual se encomendaron muy de veras con mucha devoción y lágrimas como gente que vía la muerte al ojo. Y fueron tan excelentes los bríos que sacaron de la oración, que no pudiendo sufrir tibieza en sus corazones, salieron luego de tropel así los de pié como los de caballo, y se arrojaron a vadear un río que estaba en medio de los dos ejércitos avalanzándose sin dilación en medio de los enemigos,

¹³ Mariño de Lovera, Pedro. Op. cit. pág. 63.

como si su poder fuera tanto que estuviera la victoria de su parte"¹⁴.

Estando ya la victoria de su parte los españoles comienzan a regresar a la ciudad;

"... trayendo por delante muchos indios presos en manos de los yanaconas de servicio los cuales venían des-pavoridos y embelezados diciendo que aquel caballero del caballo blanco que los había vencido en la primera batalla había peleado también en ésta, y era el que les hacía la guerra aterrándolos con la gran braveza de sus fuerzas y severidad de su aspecto. Demás de esto venían publicando que cuando la refriega estaba en el mayor furor; había salido de la ciudad una señora que les echaba tierra en los ojos cegándolos, de suerte que no veían a los cristianos obligándolos a volver las espaldas, sin ver en que lugar ponían los pies, ni saber si estaban en cielo o tierra. Sobre lo cual hizo el teniente diligentísima pesquisa examinándolos a parte sin saber unos las declaraciones de los otros. Y los halló a todos tan contestes, que no hubo hombre que discrepase en una tilde desto que públicamente venían pregonando. Y para más satisfacerle los puso delante de doña Inés Juarez diciéndoles que aquella debía ser la señora que habían visto, y la cual les quitaba a ellos la vista; de lo cual se vieron ellos muchos haciendo burla della diciendo que había tanta diferencia de la una a la otra, como de la noche obscura en medio del invierno, al día claro y despejado cuan-

¹⁴ Mariño de Lovera, Pedro. Op. cit., págs. 63,64 y 65 respectivamente. A este mismo episodio se refiere Góngora Marmolejo en su: Historia de Chile, desde su descubrimiento hasta el año 1575, Tomo II, Cap. XI, pág. 24 en la Colección de Historiadores de Chile.

do vá ilustrándole el sol en tiempo de primavera"¹⁵.

En el texto precitado se puede advertir que el cronista, como de pasada, consigna además la que puede considerarse como la primera intervención de la Virgen María en el curso de la guerra de la conquista de Chile, las otras dos, registradas posteriormente, se producen en el antiguo Concepción.

En efecto, nueve años más tarde y apenas llegado Pedro de Valdivia y su gente a las márgenes del Bío-Bío y determinado a poblar la región fundando allí una ciudad fue atacado por millares de indios, alrededor del 12 de marzo de 1550, Valdivia calcula en más de cuarenta mil su número; como siempre los españoles terminaron por desbaratar la arremetida de los aborígenes con una sorprendente facilidad. Sin embargo Valdivia se da cuenta que sin "la ayuda de Dios e de Nuestra Señora e del Apóstol Santiago, que se han mostrado favorables y a vista de los indios naturales en esta jornada" ello no habría sido posible.

El hecho es que nuevamente el Apóstol Santiago viene en su ayuda y más aún: cae en el Bío-Bío, al momento de cruzarlo los araucanos, un aerolito, fenómeno luminoso que fue visto del lado de los españoles. El relato de Valdivia al Emperador Carlos V prosigue así:

"Y parece nuestro Dios quererse servir de su perpetuación para que sea su culto divino en ella honrado y salga el diablo de donde ha sido venerado tanto tiempo;

¹⁵ Mariño de Lovera, Pedro. Op. cit.

pues según dicen los indios naturales, que el día que vinieron sobre nuestro fuerte, al tiempo que los de a caballo arremetieron con ellos, cayó en medio de sus escuadrones un hombre viejo en un caballo blanco, e les dijo: "Huid todos, que os mataran estos cristianos", y que fue tanto el espanto que cobraron, que dieron a huir. Dixeron más: que tres días antes, pasando el río Biubú para venir sobre nosotros, cayó una cometa entre ellos, un sábado a mediodía, y deste fuerte donde estábamos la vieron muchos cristianos ir para allá con muy mayor resplandor que otras cometas salir, e que, caída, salió della una señora muy hermosa, vestida también de blanco, y que les dixo: Serví a los cristianos, y no vais contra ellos, porque son muy valientes y os matarán a todos". E como se "fue de entre ellos, vino el diablo, su patrón, y los acabdilló, diciéndoles que se juntasen muy gran multitud de gente, y que él venía con ellos, porque en viendo nosotros tantos juntos, nos caeríamos muertos de miedo: es así siguieron su jornada. Llámannos a nosotros ingas, y a nuestros caballos hueque ingas, que quiere decir ovejas de ingas"¹⁶.

Y ésta habría sido la causa de que Pedro de Valdivia determinase llamar a la nueva ciudad con el nombre de Concepción. Es a ello que se refiere el P. Rosales cuando escribe: "Y así, sin pasar adelante determinó poblar una ciudad en aquel lugar donde había recebido el beneficio de la Virgen, dedicándola a su pura y limpia Concepción..."¹⁷.

¹⁶ Cartas de Pedro de Valdivia que tratan del Descubrimiento y Conquista de Chile. Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina. Santiago de Chile. MCMLIII. Parte VIII al Emperador Carlos V. Concepción, 15 de octubre de 1550, págs. 203, 204, 205.

¹⁷ Historia General del reyno de Chile. Flandes Indiano por el R.P.

A propósito, es importante recalcar aquí que las ciudades tanto de Santiago como de Concepción proceden de un acto fundacional en el que lo sagrado juega un importante papel.

El fragmento de la Carta de P. de Valdivia revela, sin embargo, la presencia de tres personajes extraordinarios: por un lado el Apóstol Santiago, en la que puede considerarse una de sus últimas intervenciones en la guerra contra los aborígenes de esta parte de América; de la Virgen, y de un tercer personaje, que los españoles entienden ser el diablo por su disposición de ayudar a los araucanos.

Lo curioso en estas relaciones, por lo menos en Chile, es que casi siempre son los aborígenes los que dicen ser afectados por las sagradas presencias del Santo Apóstol y de la Virgen, uno de cuyos últimos actos de presencia ocurre en la misma Concepción de Penco a fines del siglo XVI y contemporáneo al alzamiento general de los araucanos que trajo como consecuencia la pérdida y destrucción de las "siete ciudades del Sur", en auxilio de las cuales salieron las escasas tropas disponibles en la guarnición de Penco, quedando reducida su defensa a no más de cincuenta soldados, algunos de ellos ya ancianos y la mayoría sin caballos, que constituían un apoyo decisivo en cualquier acción bélica de importancia en esa época. La tropa quedó al mando del "capitán a guerra" Don Joaquín de Benavides. Esta guarnición, no obstante su escaso número, pudo resistir con éxito la primera gran arremetida

del ejército de Ainavillu el 14 de febrero de 1599 por la tarde. En la noche de ese mismo día, se produjo dentro del fortín la explosión de la Santabárbara y el incendio consiguiente que destruyó los cuarteles quedando prácticamente inutilizado el armamento que allí había. La ciudad quedaba, pues, inerme y a merced del implacable enemigo.

No restaba, entonces, otro recurso que apelar a la gracia y protección divinas a la que solían plegarse con tanta fe y devoción los conquistadores hispanos.

El caso es que los habitantes de la naciente villa habían erigido una ermita en honor de la Virgen de Guadalupe de la "Concepción" en el cercano cerro de Landa al cual acostumbraban acudir en procesión y rogativa. La mañana del 23 de febrero, salió la procesión de afligidos españoles dese la iglesia parroquial hacia la mencionada ermita del cerro. Sin embargo, la ceremonia piadosa fue interrumpida por el aviso de que los araucanos nuevamente habían ocupado los cerros circunvecinos. El capitán Benavides ordenó la inmediata reclusión de la muchedumbre en el recinto del fuerte y se preparó para lo peor.

Pero el tan esperado segundo ataque no se produjo y muy por el contrario, ante el asombro de los atribulados habitantes aparece el Capitán Benavides, al cabo de una hora, seguido de una veintena de indios "ciegos y temblorosos" que traía como prisioneros, los que confirmaron con rara unanimidad la relación del Cacique Antifilu "lugartheniente del general" quien confesó "por ante mí, el presente escribano que lo oyó e vido" dice la crónica de la época, que mientras los escuadrones indígenas peleaban furiosamente por romper el cordón que habían formado

los pocos soldados españoles para defender un "paso", vieron sobre las ramas de un corpulento boldo que está junto a la ermita, a una joven hermosísima que parecía dar órdenes a un ejército que los araucanos no veían, a pesar de que la niña era bella, su rostro tenía tal expresión de cólera y enojo, que los asaltantes se sintieron sobrecogidos de temor y volvieron las espaldas al enemigo.

El cacique Antifilu agregaba que él mismo había llegado hasta las inmediaciones del boldo para detener la fuga de los suyos e incitarlos al ataque, y que una vez recuperados habían vuelto a la lucha en contra de los españoles, pero que en esos momentos "la niña del boldo" les había disparado saetas encendidas y grandes bolas de fuego, con las cuales resultaron muertos y quemados centenares de indios.

Finalmente, sostuvo bajo juramento, que él con un numeroso grupo de los suyos se había arrojado valientemente contra el boldo en donde maniobra la hermosa guerrera, con el fin de inutilizarla, pero que la joven había bajado del árbol y con sus propias manos había cogido tierra y se la había lanzado a los ojos, con lo cual habían quedado ciegos. En tal condición e impotentes para seguir en combate, habían sido capturados por los hombres del Capitán Benavides, mientras el resto del ejército atacante se retiraba resueltos a no tentar fortuna delante de tan denodada generala.

Lo único que los prisioneros pidieron con insistencia "pero con mucha humildad" fue que se les devolviera la vista.

Desde luego que los habitantes de la ciudad hicieron todo lo posible dentro de sus escasos medios

para curarlos "lavándoles los ojos con melecinas" y ante el nulo resultado el Dean Dolmos de Aguilera propuso llevarlos consigo en la procesión de gracias, que a esos efectos habían acordado, ante la ermita de la Virgen de la Loma y que allí se le rogara a fin de que curase los ojos de los indios ciegos.

Los prisioneros fueron así conducidos y colocados frente al altar de la Virgen y mientras toda la concurrencia permanecía arrodillada e implorante, un sacerdote fraseaba una conmovedora súplica que todos iban repitiendo a coro para que la Celestial protectora evidenciara una vez más su poder y devolviera la visión a esos infelices indios arrepentidos.

Se cuenta que de improviso uno de ellos, indicando en dirección de la imagen que estaba en lo alto, gritó: -"¡La niña del boldo!... allí está la niña del boldo!... ¡Esa... esa es...!"

Y casi al mismo tiempo, todos los restantes prisioneros alzaron sus encadenados brazos apuntando hacia la venerable imagen y gritando que esa era la joven que habían visto en lo alto del boldo.

El sacerdote oficiante no pudo continuar su oración, la profunda emoción que lo embargaba enmudeció su voz, "agitó los brazos en el vacío y cayó de rodillas con la faz en tierra".

No obstante, los ojos de los indígenas volvieron a la oscuridad y continuaron ciegos 'hasta que pasaron de esta vida'. Con lo cual se dio en la certeza que era la Virgen de la Loma la que había obrado el milagro de la Salvación de la ciudad.

Desde entonces la virgen de La Loma fue llamada

por los penquistas como "La Virgen del Boldo" y su imagen es la misma que actualmente se venera en el altar mayor del Convento de las monjas Trinitarias de Concepción.

Además, se sabe que el ejército indígena, el vencedor de las siete ciudades del sur de Chile, no volvió a intentar el ataque a la sufrida villa de Concepción de Penco por el lado de la ermita en el transcurso del resto de las varias veces centenaria guerra de Arauco¹⁸.

Nos hacemos cargo, no obstante, que nuestra época, dominada en general por un espíritu más positivo que las precedentes y que parece haber extraviado el sentido metafísico de la existencia, no posea la sensibilidad adecuada para poder apreciar tales expresiones de lo numinoso y suela, en consecuencia, rechazar estas apelaciones a la trascendencia considerándolas como meras extravagancias de mentes supersticiosas. Pero para los hombres de los siglos áureos del Descubrimiento y de la conquista de América la fe religiosa y los hechos sacros por ellos experimentados revestían una importancia considerable en el curso de sus azarosas vidas.

Recordemos que es esa la época del surgimiento de varios mitos y leyendas como las de El Dorado, del reino de las Amazonas y aquel de la ciudad perdida de los Césares entre otros, y que se constituyeron en fuertes impulsores de la acción y no solo entre los españoles, puesto que como se sabe la conquista de Venezuela fue encomenda a los alemanes entre 1529 y 1545 por disposición

¹⁸ Quien trae una mejor y más detallada información de este milagro en tierras penquistas es Díaz Meza, A. en su conocida obra: *Episodios y leyendas Nacionales*. Tomo V, Vol. V. Ed. Nascimento, Santiago, 1937.

de Carlos V. El último de los representantes de la gobernación germánica Felipe de Hutten asociado a un hijo de Bartolomé Welsen, jefe de la poderosa casa bancaria de Augsburgo, emprendieron en 1540 una larga y trágica expedición a la búsqueda de El Dorado, la fuente de la eterna juventud, y en la que ambos perecieron al cabo de cinco años de sufrir las mayores penalidades, asesinados vilmente por la voluntad cruel de Juan de Carvajal.

En este drama tan mezclado de leyendas y de inalcanzables esperanzas y en el que perecen dos hombres jóvenes, típicos exponentes del espíritu del Renacimiento en Alemania, surge inesperadamente la figura mágica del Fausto.

Se conserva aún una carta escrita por Hutten en 1540 a un hermano suyo en la que le refiere que antes de partir a Europa había consultado al Doctor Juan Fausto en 1534 y hasta ese momento todo cuanto le había profetizado había tenido cabal cumplimiento. Este Juan Fausto, nacido en Würtemberg hacia 1480 es el que servirá posteriormente como arquetipo para la importante obra homónima de Goethe. Y es de esa manera como entre los legendarios personajes, mitos y creencias que estuvieron asociados al nacimiento del Nuevo Mundo aparece también aquel misterioso personaje que gracias a Goethe iba a constituirse en el símbolo más rico y sugestivo de la espiritualidad europea.

En cuanto a la leyenda mítica de la ciudad encantada de Los Césares, ella constituye una antigua tradición compartida entre los habitantes de Chile y las provincias del Plata, quienes estaban ciertos que por las cercanías del Estrecho de Magallanes se levantaba una espléndida

ciudad conformada por la mezcla de inmigrantes del imperio incásico y de restos de tripulaciones de barcos españoles naufragados provenientes de las expediciones enviadas al descubrimiento de la Molucas por el famoso Obispo de Placencia, por los años de 1539.

Es preciso recalcar aquí que la leyenda, en sus trazos fundamentales, se genera en la ciudad de Concepción de Chile a donde llegan "huídos", atravesando la cordillera por el boquete de Villarrica, dos soldados españoles en 1567. Ellos eran Pedro de Oviedo y Antonio Cobos quienes afirmaban, un tanto exageradamente como buenos andaluces, provenir de una bella y rica ciudad que "tenía calles tan largas, que para andarlas todas era necesario empezar cuando el sol salía y terminar cuando se entraba".

El impacto que provocaron en Concepción y en el resto de Chile así como en la Corte Española fue tal que se organizaron diversas expediciones las que sin embargo no tuvieron el éxito anhelado. Jamás se pudo encontrar esa mítica ciudad llamada de los Césares por las huestes españolas en homenaje al Emperador Carlos V y de su hijo Felipe II.

En suma, la aventurada empresa de la Conquista de América estuvo fuertemente motivada por ingredientes míticos que actuaron como motores de la acción, tal como lo ha sostenido el ingeniero francés G. Sorel en el sentido de que el mito "pone en acción fuerzas morales y es expresión de fuerzas morales", fuerzas generadoras de historia que tienen la virtud de despertar "la sensibilidad a lo sublime" y comportándose como facultades preservadoras contra la decadencia y vencedoras de la decadencia.

Pero por debajo de estas creencias míticas, inspi-

radoras de la acción, encontramos siempre la honda raigambre de la tradición cristiana que los hispanos trajeron consigo a estas "pardas tierras" y muy en especial la devoción a la Virgen María y al Apóstol Santiago.

En lo tocante a este último, como se sabe su veneración tiene raíces muy antiguas en la península ibérica. Así, según la tradición a comienzos de la Alta Edad Media, cuando España era tierra de moros y cristianos con sus luchas centenarias, surge en Compostela-Campus Stellae un culto fervoroso al Apóstol Santiago el que llegó a transformarse en patrono de España y en un puntal de la Cristiandad combatiente. Se sabe que en el siglo IX se descubre el sepulcro del Apóstol en un bosque misterioso donde se oían extraños ruidos y brotaban insólitas luminiscencias (de ahí el "Campus Stellae"). Teodomiro, obispo de Iria, hace construir allí, sobre la presunta tumba del Apóstol, el primer santuario y es de ese modo como resurgen tradiciones de los primeros tiempos del cristianismo, una de cuyas variantes más divulgada relata que el apóstol Santiago el Mayor, llegó a la desembocadura del río Ulla y penetró en la península predicando allí siete años para regresar luego a Palestina donde fue decapitado por Herodes Agripa el año 44, sus discípulos habrían trasladado por mar su cuerpo a España, enterrándolo cerca de Iria Flavia.

De acuerdo a la tradición hispana, la primera aparición del Apóstol se produce el año 844 en la legendaria batalla de Clavijo, cerca de Logroño, contra los árabes. Durante el combate los tercios cristianos, bajo el mando de Ramiro I rey de Asturias, ven surgir de improvviso un arrojado caballero sobre un corcel blanco quien blandien-

do un albo estandarte, reparte mandobles a diestra y siniestra arrasando con el enemigo. Todos los allí presentes reconocen unánimemente el auxilio del Apóstol peregrino y con ello nace una devota tradición en la cual la Reconquista hispana encuentra al fin su santo patrón: ¡Santiago y cierra España! será en adelante el grito de batalla para los españoles.

Ciertamente que no es sólo en la tradición hispana e hispanoamericana más antigua que se puede observar esta secuencia de manifestaciones de lo transmundo en el acontecer de lo propiamente mundano. Los ingleses también han podido experimentarlo en algunos de sus más importantes acontecimientos bélicos, como aquel ocurrido en la primera guerra mundial en la batalla de Mons. Se tuvo conocimiento del hecho a raíz de la publicación en el *The Evening News* el 29 de noviembre de 1914, justo el día siguiente de la retirada de Mons, de una narración heroica que se le había solicitado al escritor Arthur Machen. Este había enviado un cuento con el título: *The Bowmen* (Los Arqueros) en el que había imaginado un episodio de dicha batalla donde San Jorge, con su resplandeciente armadura y al frente de unos ángeles que eran los antiguos arqueros de Azincourt, socorría al ejército británico.

Tiempo después, infinidad de cartas escritas por soldados del frente de batalla comenzaron a llegar al periódico atestiguando que el señor Machen no había inventado nada. Ellos, con sus propios ojos, habían visto, ante Mons, a los ángeles de San Jorge y a él mismo incorporándose a sus filas. Podían asegurarlo por su honor de combatientes. Gran número de esas cartas fueron publicadas conmoviendo a Inglaterra, ávida de milagros en esos

momentos difíciles. A pesar de que A. Machen insistió públicamente en numerosas oportunidades que el relato era pura invención imaginativa suya, sin embargo, nadie le creyó¹⁹.

¹⁹ Pauwels, L. y Bergier, J. aluden a este hecho en su obra primeriza: *Le Matin des Magiciens*. Segunda Parte, par. N° 3.